

La vajilla de bronce en la edad del hierro del Mediterráneo occidental: procesos económicos e ideológicos

Javier Jiménez Ávila³⁰⁷

Aproximarse al estudio de la vajilla (metálica o no) en la Antigüedad, requiere formular previamente una advertencia conceptual derivada del grado de conocimiento (o desconocimiento) que tenemos de las sociedades objeto de nuestro interés. Así, si la vajilla viene definida fundamentalmente por su función primaria —la de servir la comida y la bebida a la mesa—³⁰⁸ habremos de convenir que en el caso de las sociedades protohistóricas del Mediterráneo occidental desconocemos, o al menos discutimos, la funcionalidad de la mayoría de los vasos metálicos que apriorísticamente agrupamos bajo la definición de vajilla. Eso, si es que no acabamos concluyendo que su destino era bien distinto al del servicio de los comensales, como a veces sucede. Por tanto, en arqueología protohistórica, venimos admitiendo un concepto laxo de vajilla que agrupa todos aquellos vasos y recipientes que, en virtud de su morfología, podrían haberse incorporado a las necesidades de la mesa, independientemente de que ésta hubiera sido o no su función primigenia.³⁰⁹

La primera vez que podemos hablar de una vajilla metálica en la Península Ibérica es durante el período orientalizante. Es entonces cuando encontramos agrupaciones de vasos (jarros y “braseros”, fundamentalmente) que por su reiteración en el espacio y en el tiempo y por sus características contextuales podemos considerar como significativamente constituidas.³¹⁰ Esto implica no solo unidad funcional sino también, y sobre todo, unidad semántica.

Con anterioridad hemos asistido a la presencia de elementos que podrían haber definido un posible servicio de banquete en el Bronce Final (calderos, asadores, fúrculas...). Sin embargo, no tenemos constancia de que estos componentes presenten una relación orgánica y simbólica al modo en que lo hacen los vasos de los siglos VII y VI a.C., pues ni los contextos ni las representaciones iconográficas del momento —las estelas decoradas— así lo permiten.

Otros conjuntos vasculares metálicos de la Edad del Bronce como los de Caldas de Reis y Villena

(ambos en oro) o los cuencos de bronce de Baiões tampoco pueden percibirse bajo los mismos parámetros de serialidad que la vajilla orientalizante debido, precisamente, a su excepcionalidad. Estos conjuntos, por otra parte, suelen reproducir formas de vasijas presentes en la tradición cerámica local, mientras que los jarros y los “braseros”, así como la mayor parte del repertorio de vasos de bronce orientalizantes, representan una absoluta novedad formal.

1. La vajilla orientalizante

No es éste el lugar de presentar un estudio detallado de la vajilla orientalizante peninsular (que ya he realizado en otro lugar³¹¹) sino de reflexionar acerca de una serie de elementos característicos y definitivos del conjunto vascular de este momento que nos permitirán esbozar los hitos de un proceso artesanal y comercial cuyas transformaciones son atribuibles a procesos económicos e ideológicos habidos en el seno de las sociedades protohistóricas peninsulares.

Con las premisas anteriormente señaladas podemos considerar la presencia de vajilla orientalizante en la Península Ibérica durante el siglo VII a. C. como un fenómeno esencialmente nuevo. Nuevo en sus formas, nuevo en sus significados y nuevo en su propia fenomenología arqueológica, al aparecer de manera mayoritaria en contextos funerarios anteriormente desconocidos.

La mayor parte de la producción (si no toda) es de carácter fenicio colonial y presenta rasgos morfotécnicos que permiten diferenciarla de otras áreas provinciales del artesanado semita.³¹²

En este ámbito, podemos considerar que, por regla general, se trata de creaciones de notable calidad, a veces rozando los límites de las posibilidades técnicas de los talleres locales, como demuestran los estudios realizados sobre algunos de los elementos más emblemáticos. Así sucede, por ejemplo, con el jarro de La Zarza (Badajoz), que fue objeto de una complicada reparación en la zona del cuerpo efectuada durante el proceso de fabricación, sistema que se prefirió antes que volver a fundir un objeto tan complejo, y decorado en bulto redondo.³¹³ En el jarro de la tumba 18 de La Joya (Huelva), rematado también en cabeza de ciervo, los cuernos no debieron colarse bien inicialmente, por lo que se optó por limarlos dejando unos muñones por todo recuerdo (fig. 1). Es decir, no se enmendó este defecto con una nueva fundición, debido posiblemente a la dificultad de la empresa. Otros jarros tienen parches y retoques que aún son bien visibles en sus superficies.

También como norma general se huye de la serialización. Hay algunos jarros que se someten al modelo fenicio de boca trilobulada, pero la mayoría adquieren elementos propios que configuran una pléyade de unidades atípicas y objetos únicos que casi siempre resultan perfectamente reconocibles. Jarros que son muy similares desde el punto de vista formal recurren

307. Instituto de Arqueología de Mérida.

308. Diccionario de la RAE. 22ª Edición. Madrid 2001.

309. OLMOS, PEREA 1994, 376.

310. JIMÉNEZ ÁVILA 2002, 133-138; RUIZ DE ARBULO 1996.

311. JIMÉNEZ ÁVILA 2002.

312. *Ibidem*.

313. JIMÉNEZ ÁVILA 2000; 2002, 78-79.



Fig. 1. Jarrros fenicios de La Zarza (Badajoz) y la tumba 18 de La Joya (Huelva). 1: Detalle de la embocadura del jarro de La Zarza (Foto Novillo); 2-3. Detalles de la zona del cuerpo con las reparaciones sufridas en el momento de la confección (foto Novillo); 4. Detalle de la embocadura del jarro de la tumba 18 de La Joya con los arranques de los cuernos (s. GARRIDO, ORTA 1978).

a procedimientos técnicos distintos, como ocurre con los vasos de Niebla y Las Fraguas.³¹⁴

Lo mismo cabe decir para el caso de los “brase-ros”, pues a pesar de las limitadas posibilidades de estas vasijas para proyectar la creatividad, raramente encontramos dos o más que sean iguales. Esto adqui-

ere especial relevancia cuando se examinan algunos detalles técnicos, como los sistemas de sujeción de las asas a los bastidores, que prácticamente igualan en posibilidades al número de unidades registradas denotando unas fórmulas de trabajo escasamente estandarizadas (fig. 2).

Algunos conjuntos de objetos sugieren una fabricación unitaria, sujeta a una cierta uniformidad estética y simbólica, como sucede con el jarro y el “brase-ro” de la tumba 17 de La Joya, decorados ambos con capullos invertidos, elementos que también aparecen ornamentando el fuste del gran timiaterio que se en-

314. Contrariamente a lo que expuse en mi tesis antes de poder analizar directamente el jarro de Las Fraguas en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York (USA) para llegar a la conclusión de que este jarro presenta una estructura base-resto coincidente con el subgrupo 1 (JIMÉNEZ ÁVILA 2002, 69-71). Cfr. También JIMÉNEZ ÁVILA 2004.

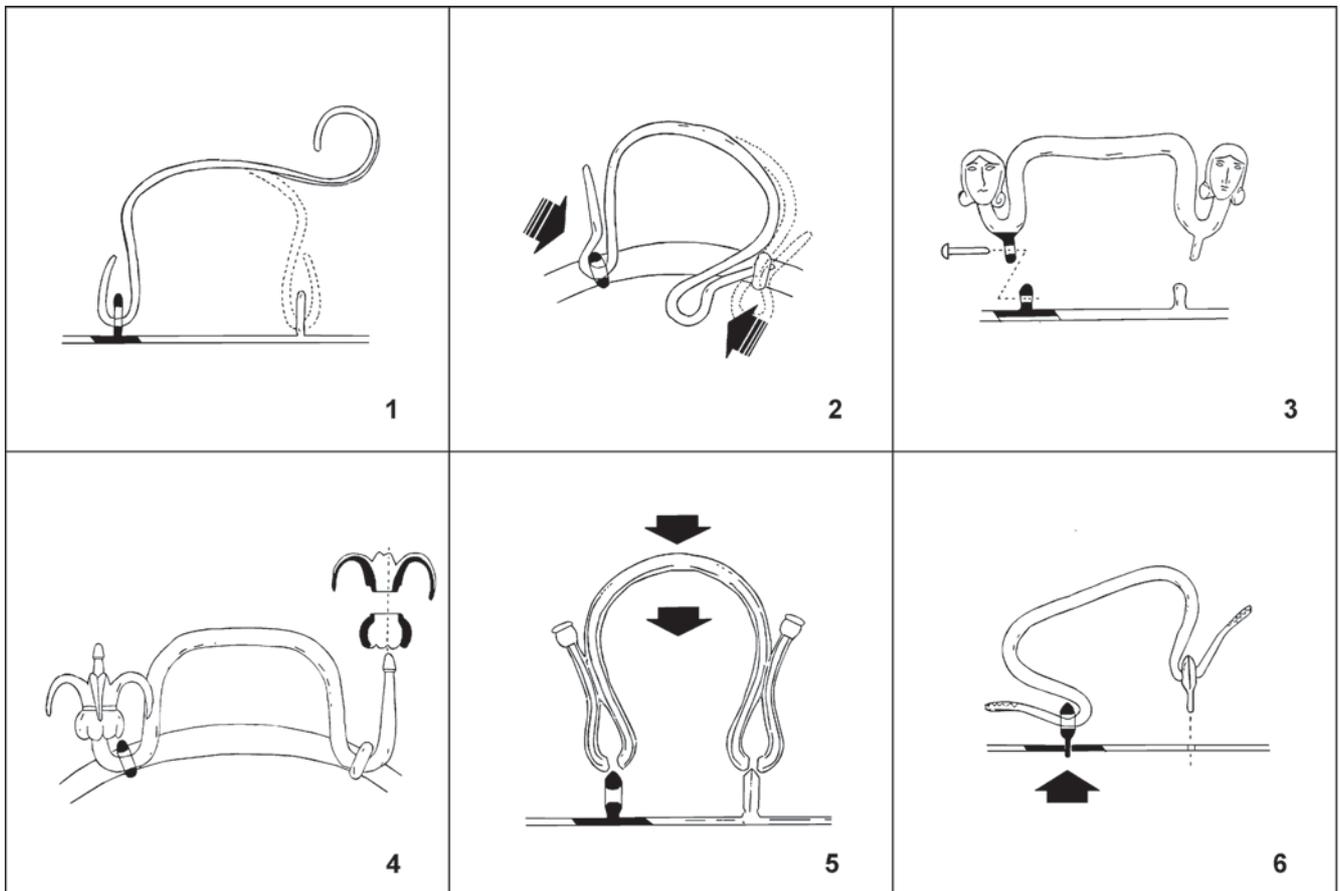


Fig. 2. Sistemas de encaje de las asas en los soportes de los “braseros” orientalizantes. 1: Sanchorreja; 2: Tores Vedras; 3: La Joya-18; 4: La Joya-17; 5: La Joya-5; 6: La Carada (s. JIMÉNEZ ÁVILA 2002).

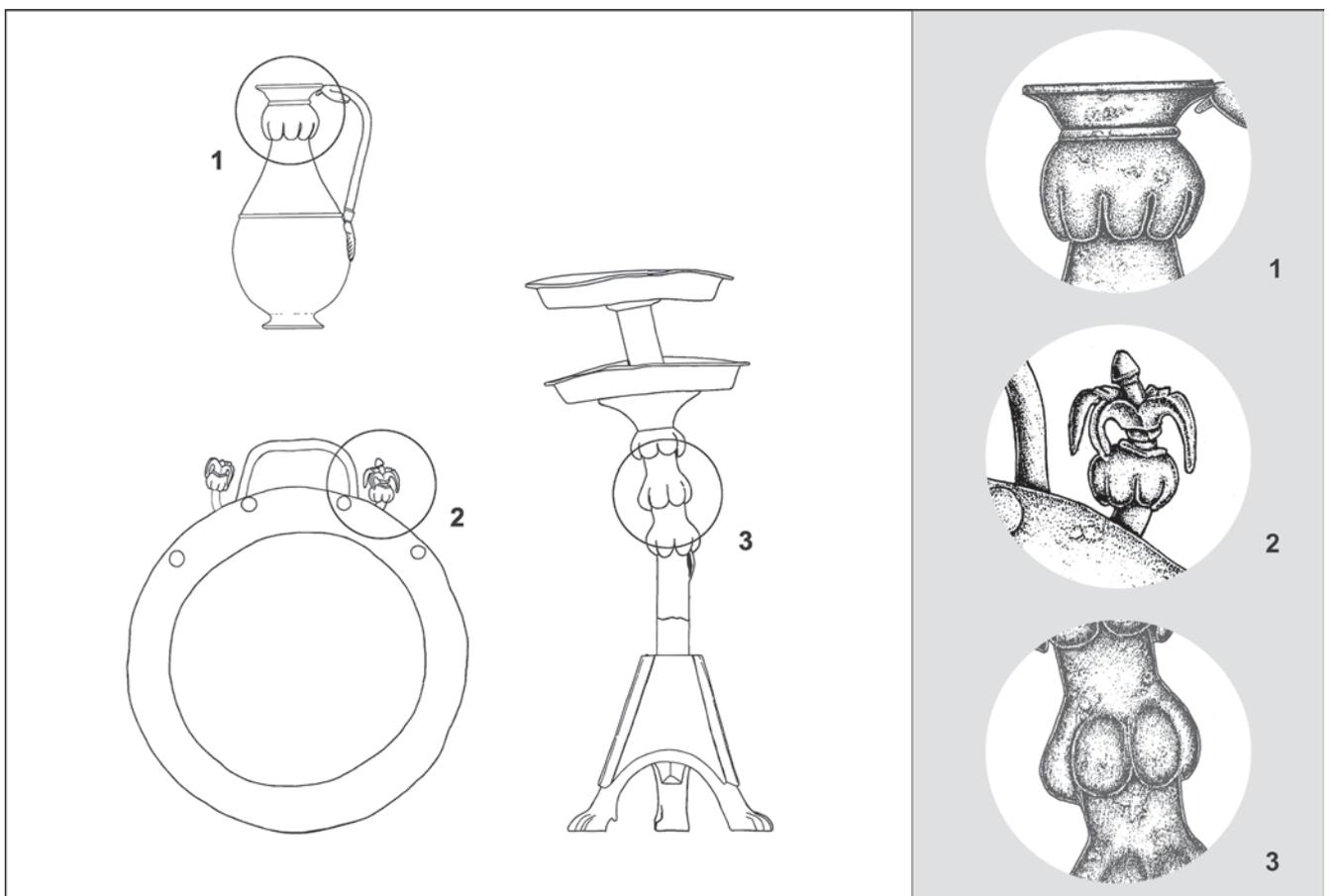


Fig. 3. Conjunto ritual de la Tumba 17 de La Joya. 1: Jarro; 2: “Brasero”; 3: Timiaterio.

contró en la misma sepultura (fig. 3). Pero también se constata lo contrario: conjuntos rituales que están constituidos por objetos de procedencia muy diversa como los jarros “rodios” (objetos importados) unidos a “braseros” locales que aparecen en la tumba 5 de La Joya y en el túmulo 2 de Santa Marta (Huelva),³¹⁵ si bien esto solo se constata claramente cuando la producción hispano-fenicia se acerca a su final.

En el otro extremo de la cadena productiva, en el del consumo, se aprecian algunas tendencias que también permiten caracterizar las relaciones económicas de este momento. La práctica totalidad de los contextos conocidos son de carácter funerario, y en las tumbas, estos objetos suelen tener una gran proximidad con los cadáveres. Los jarros y los “braseros” aparecen en sepulturas que no son espectacularmente ricas y en algunas de ellas constituyen prácticamente todo su ajuar. Por el contrario, en sepelios que cuentan con un material relativamente abundante (como las dos tumbas orientalizantes de Cástulo) los jarros y los “braseros” están ausentes.

No hay muchos datos que permitan pensar en una recirculación de estos objetos, ni en sus pervivencias en contextos posteriores: no existen hallazgos aislados de fragmentos de jarros y los que conocemos de “braseros”, desgraciadamente, proceden en su mayoría de actividades ilegales. Parece, por tanto, que la vinculación de estas vajillas con sus poseedores es enormemente estrecha y que solo en virtud de su propia existencia cobran sentido, sin que tengamos evidencias de que los sobreviven en el tiempo.

Con estos datos, podemos caracterizar la producción y la circulación de la vajilla del siglo VII como una actividad enormemente condicionada por factores de orden simbólico e ideológico, algo que se manifiesta en la propia morfología de los objetos y en su enorme variabilidad. Las relaciones económicas se establecen en un contexto de circulación de bienes de lujo muy restringida y exclusiva, lo que hace pensar en un escenario de intercambio de signo aristocrático, donde los objetos, muy selectos y muy escasos, deben estar representando a la vez el rango de sus poseedores aristócratas y el vínculo social y económico que han establecido con sus “iguales” fenicios.³¹⁶

Este sistema, con los mismos componentes materiales, parece formar parte de unos procedimientos comunes a todo el Mediterráneo semita que se pueden rastrear desde el siglo IX, cuando por primera vez, en una tumba de Lefkandi (Eubea), hallamos esta asociación ritual.³¹⁷

2. Las importaciones del siglo VI

El sistema comercial de objetos de lujo orientalizantes parece entrar en crisis a finales del siglo VII, coincidiendo con el cese de la producción de los talleres de bronce hispano-fenicios. Los primeros síntomas de esta situación se refleja en los ajuares de las últimas tumbas aristocráticas excavadas en la necrópolis de Huelva: la n.º 5 de la Joya³¹⁸ y el

túmulo 2 de Santa Marta.³¹⁹ En ambas sepulturas se recurre ya a vasos “rodios” para completar el *set* ritual jarro-“brasero”, pero los aguamaniles, en ambos casos, son locales.

Estas serán, además, las últimas evidencias del uso de esta típica pareja de vasijas rituales durante un *hiatus* de más de 100 años en que el registro funerario del sur peninsular resulta especialmente precario.

También está confirmada la continuidad de importaciones de vasijas griegas a lo largo del siglo VI. Al asa de jarro peloponésico hallada en los alrededores de Sevilla y publicada por M. Almagro Basch,³²⁰ hay que añadir un agarre similar, probablemente laconio, que García y Bellido designó como “Vaso Hispanic” y que se conserva en la Hispanic Society of America, de Nueva York.³²¹ Desgraciadamente, las circunstancias de hallazgo de estos jarros son desconocidas, pero parecen marcar ya algunas tendencias diferenciadoras con la generación anterior. Así, por ejemplo, las evidencias son muy escasas, contrastando con el carácter seriado y amplio que presentan estas producciones en el Mediterráneo, lo que sugiere que muchas de ellas se acabarían refundiendo. Además, raramente se encuentran vasos completos (algo que se aprecia ya desde la época de los jarros “rodios” a partir del ejemplar de la HSA), lo que podría indicar un contexto no funerario. No obstante, hay que tener en cuenta que el sistema de fabricación de estos jarros griegos, de cuerpo batido, es menos proclive a una buena conservación que el de los jarros fenicios, fundidos a la cera perdida, incluso en contextos funerarios, por lo que este criterio no es audible sin discusión.

Otras deducciones, quizá más sólidas, proporciona el vaso de Valdegamas (Badajoz) y lo que conocemos acerca de las condiciones de su hallazgo (fig. 4). Como en el caso de los jarros fenicios, se trata de un objeto de elevada calidad y como ellos debe considerarse un producto local.³²² Sin embargo, refleja diferencias formales y contextuales que deben relacionarse con las transformaciones que experimenta el modelo artesanal y los sistemas de circulación e intercambio propios de la época. En primer lugar una mayor adecuación a los patrones originarios de la que, en general, presentan los jarros hispano-fenicios respecto de sus modelos orientales, lo que le resta exclusividad. En segundo lugar, un contexto no funerario firmemente constatado que, además, muy probablemente, correspondería a un momento cronológico sensiblemente posterior al de su fundición.³²³ Esta segunda característica es compartida por otro de los escasos elementos que desde el punto de vista de la producción se pueden relacionar con Valdegamas: el timiaterio albacetense de la Quéjola (fig. 4). Estas circunstancias, unidas a la llamativa escasez que padecemos de estas producciones hispano-arcaicas, sugieren que el siglo VI marca las primeras tendencias en el proceso de transformación del valor de la vajilla de lujo y de los

315. GARRIDO 1970 y 2005.

316. LÓPEZ CASTRO 2005.

317. POPHAM *et al.* 1980, 188-198.

318. GARRIDO 1970.

319. GARRIDO 2005.

320. ALMAGRO-BASCH 1943; JIMÉNEZ ÁVILA 2002, 390.

321. GARCÍA Y BELLIDO 1970, 40-41.

322. JIMÉNEZ ÁVILA 2002, 93; 2004.

323. JIMÉNEZ ÁVILA 1997, 145-146.



Fig. 4. Jarro de Valdegamas (Foto MAN) y Timiaterio de La Quéjola.

sistemas de producción e intercambio que culminará en los siglos posteriores con un acusado proceso de mercantilización donde el valor de intercambio, incluso el propio valor en tanto que materia prima reutilizable, acabarán prevaleciendo.

3. La vajilla post-orientalizante e ibérica

La vajilla metálica peninsular de los siglos V y IV a. C. es muy mal conocida.³²⁴ Ni el área ibérica ni otras regiones hispanas cuentan con estudios monográficos serios o actualizados que permitan una aproximación global a problemas que aquí nos interesan, como su valor social o sus mecanismos de producción, transmisión y circulación. En algunos catálogos y repertorios, incluso muy actuales, priman elementos tan discutibles como el carácter completo o no de los vasos a la hora de considerarlos susceptibles de ser incorporados al análisis.³²⁵ Aportaciones más recientes han venido a sistematizar algunas parcelas de esta materia, como la correspondiente a las importaciones etruscas,³²⁶ pero el problema general sigue estando necesitado de un estudio exhaustivo que la hoy por hoy limitada cantidad de vasos permitiría efectuar de manera abarcable.

Por lo que al área ibérica se refiere, y con las limitaciones metodológicas que el mencionado estado de la cuestión permite, se constata de nuevo la aparición de vajilla de bronce en unas pocas sepulturas de esta época, reproduciendo el viejo conjunto ritual jarro-“braseo”, que mantiene así su vigencia. Esta asociación aparece con seguridad en los conjuntos de Alcurrucén (Córdoba),³²⁷ Cabecico del Tesoro (Murcia),³²⁸ Cigarralero (Murcia)³²⁹ y probablemente también en el mausoleo de Pozo Moro (Albacete)³³⁰ y en el Mirador de Rolando (Granada).³³¹ Vasijas aisladas se hallan, además, en algunas tumbas de necrópolis catalanas, levantinas y surorientales.³³²

La presencia de estos *sets* rituales en ambientes funerarios ibéricos pone de manifiesto el mantenimiento del valor simbólico de la vajilla de bronce en este contexto cronológico y cultural, junto con otras tendencias presentes en la tradición orientalizante, como la existencia de “braseos” aislados (nunca aparecen jarros en las mismas condiciones). También refleja la incorporación de nuevos elementos de bronce a lo que, quizá por primera vez, podamos reconocer como una verdadera vajilla metálica de

324. JIMÉNEZ ÁVILA 2002, 381-383.

325. *Ibidem*, 43, n. 34.

326. BOTTO, VIVES-FERRÁNDIZ 2006.

327. MARZOLI 1991.

328. NIETO 1970.

329. CUADRADO 1987, 100.

330. ALMAGRO-GORBEA 1978.

331. ARRIBAS 1967.

332. Ver, por ejemplo, MUNILLA 1991.

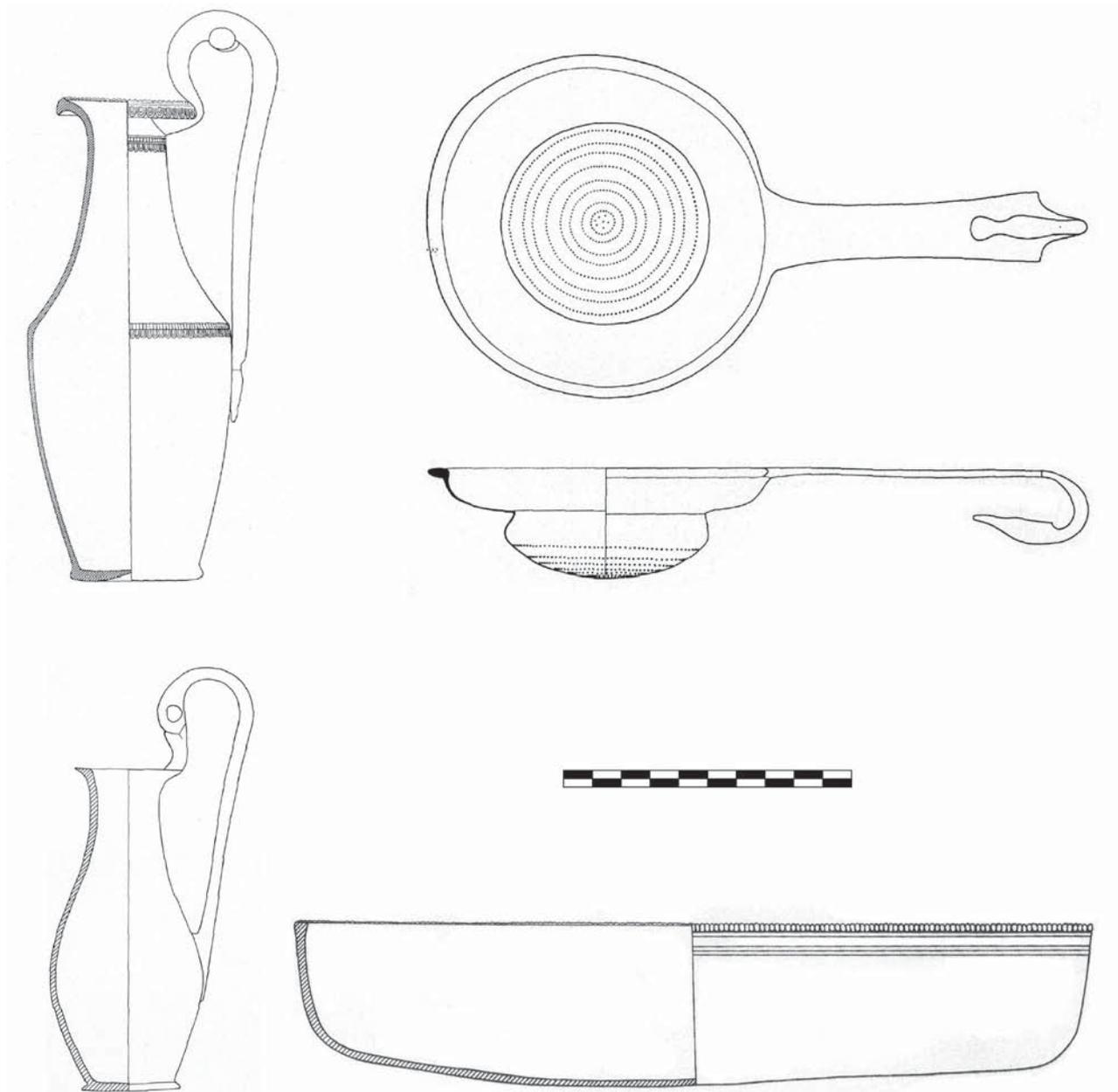


Fig. 5. Conjunto de vasos de bronce de la tumba de Alcurrucén (a.p. Marcos Pous).

mesa, como podría indicar el hallazgo de Alcurrucén (fig. 5). En esta tumba aparecen dos olpes de bronce, una bandeja de borde perlado y un colador en lo que tal vez constituyan dos *sets* rituales distintos: uno relacionado con las antiguas funciones del jarro y el “brasero” (probablemente lustrales) y otra ya presumiblemente vinculada al consumo ritual del vino en ambientes conviviales de signo aristocrático. La presencia de más infundíbulos y coladores en estos contextos culturales³³³ refleja la expansión de estas modas para las que no encontramos precedentes en la tradición anterior.

Pero más importante que todo esto, de cara a nuestros propósitos, resulta evaluar el papel que estos *sets* rituales tienen en el panorama de la circulación

de vajilla de bronce del mundo ibérico (de nuevo hay que apelar a la escasa sistematización de los datos disponibles) y compararlo con el que, a tenor de la evidencia disponible, desempeñaron los mismos objetos de bronce en la época anterior.

Desde el punto de vista cuantitativo, los conjuntos amortizados en las tumbas son muy escasos a pesar de que el lapso de tiempo comprendido es sustancialmente más amplio (casi el doble). En valores absolutos son, incluso, numéricamente inferiores a los del período precedente, si bien hay un número considerable de “braseros” aislados procedentes de contextos funerarios.³³⁴ Además, conviene ponderar su presencia con otros parámetros, como el gran número de tumbas ibéricas excavadas en el siglo

333. POZO 2003; JIMÉNEZ ÁVILA 2001, fig. 9; BOTTO, VIVES-FERRÁNDIZ 2006.

334. CUADRADO 1966; CALDENTY *et al.* 1996; JIMÉNEZ ÁVILA 2003.

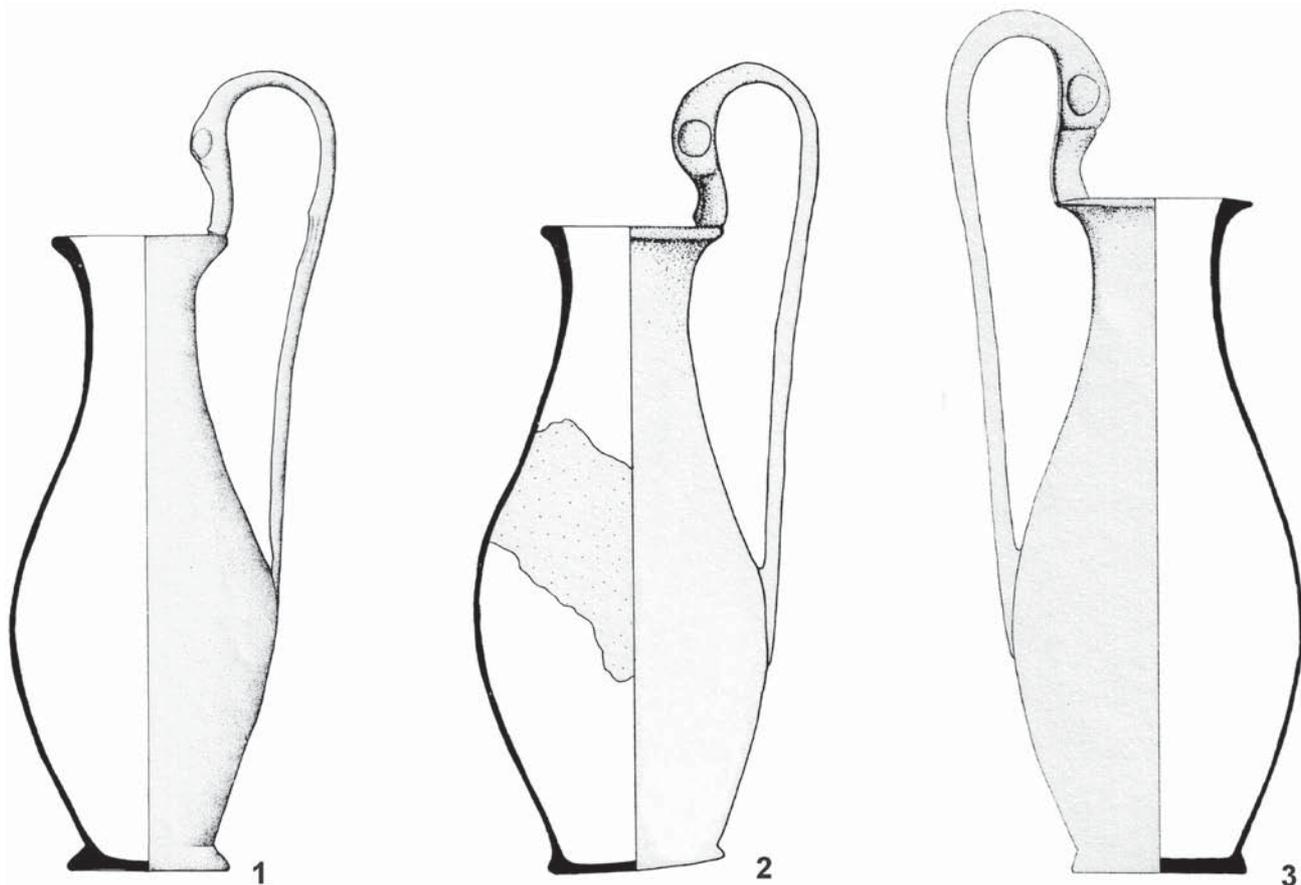


Fig. 6. Olpes de tipo Oral. 1: El Oral; 2: Cabecido del Tesoro; 3: MAN (a.p. ABAD 1988).

pasado (muy superior al de tumbas orientalizantes); el volumen global de la producción mediterránea³³⁵ (toda vez que se trata mayoritariamente de importaciones) o el de la cantidad de vajilla de bronce que debía circular en el área ibérica en los siglos V y IV a.C. Para aproximarnos a esta última magnitud contamos con algunos elementos (no muchos), como la propia cantidad de vajilla, completa o fragmentaria, hallada en distintas situaciones contextuales en numerosos yacimientos ibéricos, desde Cataluña hasta Andalucía oriental (piénsese, por ejemplo en el número de “braserillos” ibéricos inventariados por Cuadrado frente a los orientalizantes³³⁶). Pero a falta de un recuento exhaustivo de estos ítems, también puede ser ilustrativa la gran masa broncea que constituía la base del cargamento del pecio del Sec (Mallorca), de la que solo se han podido recuperar unos cuantos vasos, pero que se calcula en varias toneladas.³³⁷

En cuanto a la amplitud de los circuitos y los abastecimientos, tampoco se han realizado estudios en esta línea, y las características del material (su morfología y su escasez) no permiten por el mo-

mento una individualización por zonas o centros de producción al modo griego o etrusco. No obstante, algunos conjuntos estudiados recientemente, como los tres “braseros” procedentes de Cabra (Córdoba), sugieren unas redes de intercambio más amplias y dinámicas que las del momento anterior.³³⁸

Desde el punto de vista cualitativo también nos encontramos ante una situación netamente distinta: los vasos que conforman la vajilla funeraria ibérica son, en su mayor parte, importados y, salvo excepciones, se trata de productos de gama baja, como pequeños olpes que forman parte de las series más estandarizadas de las oficinas griegas y, sobre todo, etruscas del momento.³³⁹ Las creaciones locales se encuentran en la misma línea, destacando los “braseros”, que empiezan a realizarse de forma mucho más simple, o los vasos de tipo Oral (fig. 6) tan estandarizados que a veces es difícil diferenciarlos entre sí, y que llegan a fundirse en miniatura.³⁴⁰ En las tumbas mejor conocidas los conjuntos de vajilla ritual pierden protagonismo a favor de las armas, que son los elementos que ahora se usan de manera recurrente para señalar la personalidad social de los difuntos, si bien esto es menos perceptible en los ejemplos más antiguos como el de Alcurrucén (tal vez también Pozo Moro), quizá por persistencia de las tradiciones orientalizantes, en el siglo V.

335. WEBER 1983.

336. CUADRADO 1966, actualizado en CALDENTY *et al.* 1996 y JIMÉNEZ ÁVILA 2003.

337. ARRIBAS *et al.* 1987. Esta magnitud, sobre todo, es lo que me anima a hablar de circulación elevada para esta época, teniendo en cuenta que los conceptos “restringido”, “moderado” o “elevado” son siempre relativos, y que en la Península Ibérica, probablemente hasta época romana, no podamos hablar de una circulación verdaderamente extendida de vajilla de bronce.

338. JIMÉNEZ ÁVILA 2003.

339. POZO 2003; BOTTO, VIVES-FERRÁNDIZ 2006.

340. ABAD 1988.

Por otra parte, estos vasos distan ya de situarse entre los elementos más lujosos y destacados de la vajilla de bronce del momento que, aunque de manera muy parcelada y fragmentaria, nos permiten reconstruir algunos hallazgos. Así, de nuevo, el pecio del Sec, en el que se recuperaron restos de varias crateras (fig. 7);³⁴¹ u otros elementos aislados, como el asa de la Colección Fernández Canivell,³⁴² si bien éste último se halló en un contexto de hábitat púnico y no ibérico.

El hecho de que no encontremos estos grandes vasos (que sin duda llegaron a la península) ni en las sepulturas ni en los poblados ibéricos sugiere que su final más habitual fuera la refundición para su reaprovechamiento como materia prima.

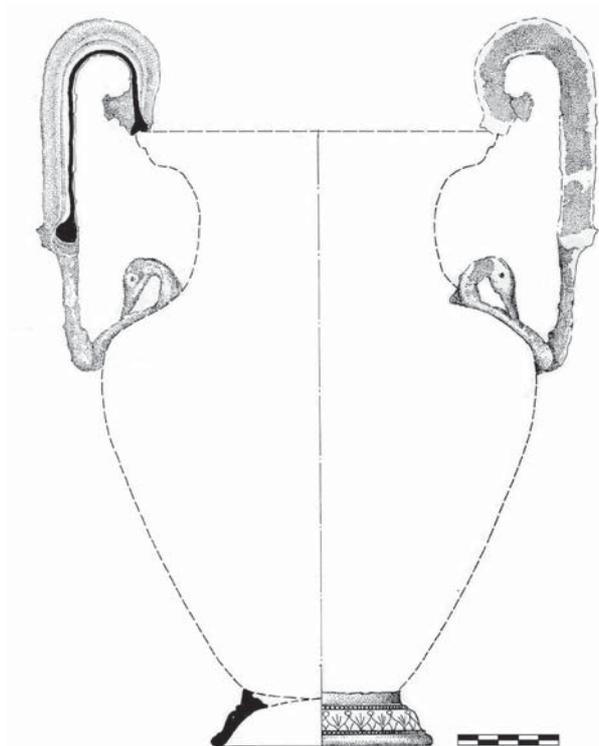


Fig. 7. Cratera de El Sec (s. ARRIBAS *et al.* 1987).

Por tanto, son evidentes las transformaciones experimentadas tanto en los mecanismos de producción como de transmisión y consumo de la vajilla de bronce en la Cultura Ibérica respecto del momento anterior. Transformaciones que deben relacionarse con cambios de carácter ideológico que afectan al valor de los objetos que, sin dejar de ser considerados como elementos de lujo, adquieren una dimensión simbólica distinta, mediatizada por su valor de cambio y por el proceso de mercantilización que afecta a todas las manufacturas de lujo del Mediterráneo occidental con la llegada de las manufacturas griegas e itálicas, producidas en grandes cantidades. Estos procesos ideológicos y económicos están interrelacionados, igualmente, con la estructura socio-política de la Cultura Ibérica, basada en el establecimiento



Fig. 8. Conjunto jarro "brasero" en la habitación perimetral N-6 del palacio de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz).

de redes de dominio de carácter clientelar y en la ampliación de los sectores aristocráticos, y aunque faltan análisis globales, algunos estudios particulares realizados sobre conjuntos de vajilla específicos sugieren que las transformaciones debieron ser de carácter progresivo.³⁴³

Un contrapunto a este modelo económico e ideológico ibérico se desarrolla coetáneamente en la Extremadura post-orientalizante. Así parece evidenciarlo, en particular, el complejo palacial de Cancho Roano, donde ha aparecido una abundante cantidad de vajilla de bronce que, en algunos casos, reproduce las unidades funcionales de la vajilla orientalizante e ibérica, como sucede en la agrupación jarro-"brasero" registrada en la estancia perimetral N-6 (fig. 8).³⁴⁴

En general, las condiciones de producción de la vajilla de bronce del post-orientalizante extremeño parecen ser las mismas que hemos examinado para el área ibérica, correspondientes ya a un escenario de circulación de bienes de lujo de corte clásico: vasos de baja calidad técnica con índices de estandarización muy elevados y con pocas concesiones a la diferenciación (fig. 9). Este modelo comercial debía estar funcionando también en las ciudades turdetanas, como ponen de manifiesto algunos hallazgos de vajilla de esta generación en Espartinas o en el Cerro Macareno (Sevilla).³⁴⁵ Pero la ausencia de necrópolis en esta área condiciona aquí de manera decisiva el estudio de los objetos de lujo, de sus mecanismos comerciales y de su significado.

La gran concentración de vasos metálicos de Cancho Roano sugiere unos niveles de producción y circulación relativamente altos, si bien, por las razones que a continuación expondré, este indicador debe ser considerado con extrema cautela. La mayor parte de los productos son manufacturas locales, en-

341. ARRIBAS *et al.* 1987, 539-541.

342. BLANCO 1965.

343. JIMÉNEZ ÁVILA 2003.

344. CELESTINO, JIMÉNEZ ÁVILA 1993; CELESTINO, ZULUETA 2003.

345. FERNÁNDEZ GÓMEZ *et al.* 1979, lám. IX.



Fig. 9. Jarros de bronce del suroeste en el siglo v a. C. 1: Cancho Roano (foto V. Novillo); 2: Espartinas (foto M. Fuentes).

tendiendo por tal las que se realizan en la Península Ibérica, pues los análisis de composición química de los vasos de bronce indican una procedencia múltiple para los mismos³⁴⁶ que descarta un abastecimiento unifocal o específico para este centro, como a veces se ha señalado.

La acumulación de vajilla en Cancho Roano no debe entenderse como un hecho excepcional, toda vez que en el cercano edificio de La Mata (Campanario) aparecen restos de vasos de bronce (de manera mucho menos elocuente, eso sí) que se unen a otras evidencias materiales fragmentarias (cerámicas griegas, marfiles...),³⁴⁷ que apuntan hacia mobiliarios idiosincrásicos similares para edificios homólogos, pero abandonados de modo diferente.

Las acumulaciones de vajilla que se producen en este tipo de edificios, y que contrastan abiertamente con la forma de presentarse los hallazgos en el área ibérica y en el Bajo Guadalquivir, deben explicarse, a mi entender, bajo una perspectiva de diferente comportamiento ideológico. El sostenimiento, si se quiere retardatario, de fórmulas organizativas propias del período orientalizante en esta área geográfica genera unos diferentes sistemas de valor de los objetos de lujo y de su función simbólica y social y, consecuentemente, unos mecanismos de circulación regional distintos. Los sistemas propios del comercio aristocrático a escala peninsular se han ido transformando hasta su desaparición, y con ellos las excelsas producciones

exclusivas, que en un sistema de relaciones restringidas caracterizaban los intercambios del siglo VII. En su lugar, se asiste a una producción notablemente más copiosa y a unos modos de circulación mucho más abiertos y dinámicos que en sus zonas de producción originaria están orientados hacia sectores sociales más amplios. En este escenario, el recurso que les queda a estas nuevas aristocracias post-orientalizantes como mecanismo de diferenciación no puede ser otro que la acumulación de grandes cantidades de bienes de lujo de toda clase, procedencia y cronología en sus residencias palaciegas. Las vajillas de bronce en estos contextos post-orientalizantes no constituyen *sets* personales distribuidos y redistribuidos por una amplia clase aristocrática al modo que se observa en las necrópolis etruscas, y como *mutatis mutandis* debía acontecer en la sociedad ibérica. Por el contrario, se incorporan a verdaderos tesoros concebidos al modo oriental, donde el valor simbólico y exhibitorio prevalecerá sobre los conceptos de comercio clásico que están definiendo los sistemas de intercambio del momento.

Esta sustitución a ultranza de la calidad por la cantidad, resultado del intento de adaptar un modelo ideológico en extinción a una situación económica netamente distinta, se reproduce también al estudiar la vajilla cerámica de lujo en la región del Guadiana Medio, que pasa de estar representada por unos pocos vasos de gran calidad (como la copa de labio de Medellín) hallados en ambientes funerarios del siglo VI a la ingente acumulación de copas áticas de ínfima o mediocre calidad que se documentan,

346. MONTERO *et al.* 2003.

347. RODRÍGUEZ DÍAZ 2004.

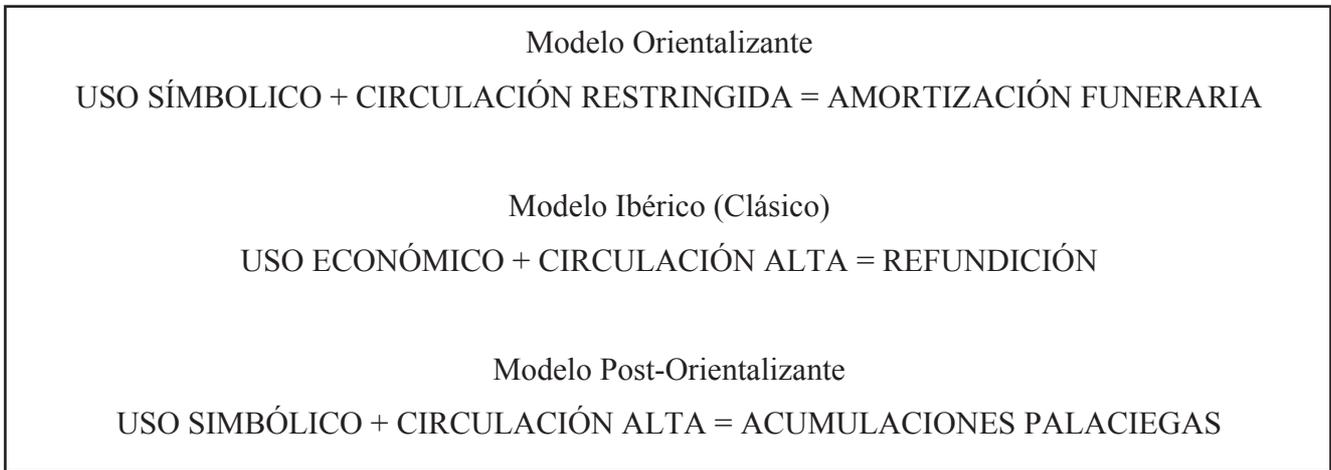


Fig. 10. Modelos de uso, valor y deposición de la vajilla metálica en la Edad del Hierro de la Península Ibérica.

precisamente, en el sitio de Cancho Roano a finales del siglo v.³⁴⁸

4. Conclusiones

Con algunos antecedentes que se pueden situar en el Bronce Final, la vajilla de bronce, como asociación significativa y orgánica de elementos de valor simbólico, aparece en la Península Ibérica durante el período orientalizante. Los vasos de esta época, de producción fenicia, y manufacturados como objetos únicos, se integran en un circuito de relaciones de intercambio de tipo arcaico, de carácter muy restringido y presidido por condicionantes de orden simbólico y social. De ahí su depósito final preponderantemente funerario.

A lo largo de los siglos vi y, sobre todo v y iv, se asiste a un proceso de mercantilización coincidente con la introducción de la vajilla griega e itálica, mucho más numerosa y fabricada en serie, que será objeto de imitaciones y versiones locales. El destino principal de los vasos deja de ser las tumbas, y conocemos su existencia por contextos de hábitat, pecios, ocultaciones, etc.

La respuesta a esta nueva situación, generada por las nuevas circunstancias económicas y sociales del Mediterráneo, será distinta en función de las diferentes áreas peninsulares estudiadas. En el área ibérica (probablemente también en la Andalucía turdetana) la vajilla se integra entre los bienes de lujo de los aristócratas de la época y formará parte de los circuitos de intercambio que favorecen la creación y el fortalecimiento de los grupos clientelares, prevaleciendo su valor social y comercial sobre el ideológico (aunque sin dejar de constituir por ello objetos de prestigio). En la Extremadura del siglo v, el mantenimiento de formas políticas orientalizantes genera las anómalas acumulaciones que aparecen en los complejos palaciales de tipo Cancho Roano. La vajilla metálica tiende a recuperar así el valor ideológico preponderante 200 años atrás, cuando se destinaba a subrayar la preeminencia de sus poseedores, aunque el ambiente socio-económico en que se desarrollan estos procesos será ahora bien distinto.

El estudio de la vajilla de bronce escenifica, por tanto, las transformaciones históricas que acontecen en la Península Ibérica entre los siglos vii y iv a.C., que en el ámbito de los sistemas de intercambio se traducen en el tránsito de un modelo de corte netamente arcaico a un patrón más propiamente clásico, y que en lo social e ideológico se materializan en la sustitución de la ideología orientalizante, de tipo monárquico y acumulativo (en lo que a objetos de lujo se refiere), por la mentalidad propia de las oligarquías guerreras y ciudadanas de la Segunda Edad del Hierro,³⁴⁹ que operan de manera mucho más redistributiva con este tipo de bienes. Los diferentes casos estudiados permiten verificar que el proceso distó de ser homogéneo y uniforme y que, bien al contrario, asumió ritmos distintos e incluso contradictorios.

Sin embargo, todos estos cambios que hemos esbozado pueden entenderse como la versión más occidental del proceso de transformación histórica que se está gestando en todo el Mediterráneo a lo largo del primer milenio a.C. Una visión general a la vajilla de bronce en otras culturas, como la etrusca, revela comportamientos análogos, salvando distancias absolutas motivadas por los distintos niveles de producción y, consecuentemente, por el distinto valor que se confiere a los objetos. Así, en Italia Central, de las ricas tumbas orientalizantes del siglo vii repletas de vasos de bronce, a veces exclusivos y que raramente encontramos fuera de ellas, pasamos a los modestos pero frecuentes servicios de mesa de los siglos v y iv que, en muchas ocasiones, coexisten ya con las panoplias armamentísticas típicas del momento. La vajilla de bronce se convierte en algo tan “común” entre la baja aristocracia del Mediterráneo que, cuando los príncipes helenísticos vuelvan a asumir componentes ideológicos de inspiración oriental, deberán fundir sus vajillas de prestigio en metales más nobles (sobre todo plata) como signos de diferenciación social. Algún reflejo de esto queda también en la Península Ibérica, ya en los límites cronológicos de este trabajo.

348. JIMÉNEZ ÁVILA, ORTEGA BLANCO 2004; Id. 2006.

349. ALMAGRO-GORBEA 1996.